

EL ENANO SALTARÍN

El poder de la palabra

«Es extraño que entre todas nuestras disciplinas, aún no tengamos una ciencia de la voz... La voz es querer decir y voluntad de existencia»

Paul Zumtor

Leer en voz alta es algo que ya no se lleva, según me dicen mis visitantes ocasionales. Pues no ha muchos años era esa una práctica común en las escuelas y, en ocasiones señaladas, en la comunidad o en las casas. Ciertamente había más analfabetos que hoy, pero también es cierto que la relación con lo escrito, con la palabra, era más sustanciosa y pausada. Se memorizaban algunos versos de las poesías más populares; se contaban cuentos y leyendas; se daban pregones o discursos... Se hablaba más y, en consecuencia, se hablaba mejor... o así me lo parece.

—Ya está este enano otra vez —dirán algunos— contando sus batallitas de otros tiempos.

Es posible que, con el paso de los siglos, uno vaya registrando con mayor atención aquello que se pierde y sea incapaz de ver lo nuevo que va naciendo. Pero uno también se resiste —será cosa de viejos— a dar al olvido cosas que, para él al menos, fueron sustancia sabrosa en sus momentos germinales. Por ejemplo: oír leer a alguien o leer, a solas, en voz alta.

Leer en voz alta tiene muchas y muy sabidas ventajas. La que me

parece más interesante es la de que añade significado, fuerza y calor a lo leído. Cada palabra —y no digamos cada frase o cada texto— oculta su particular música, tiene una escondida armonía. Tengo en efecto experimentado que hay palabras que, solas o en azarosa combinatoria, son capaces de dejar en el espíritu del lector una resonancia casi mágica. Hay palabras que mueven al miedo; a la ternura otras; algunas, a la complicidad o la ensoñación; a la aventura, la tristeza, la sonrisa... Hallar esa fuerza emocional que puede estar bajo las palabras, suele ser imposible si no nos las dice alguna voz sensible al traspaso de los sonidos, o si no nos las oímos bien dichas o si no nos las decimos a nosotros mismos. No

conviene, pues, fiar en la apariencia de las palabras escritas. Y al leerlas con algún amor y miramiento, podemos llevarnos más de una sorpresa. Una sola palabra puede liberarnos de la esclavitud del tiempo y burlar las cárceles del espacio. Las hay apacibles y serenas; unas son pasajeras; otras burbujean, bailan y se enroscan en la memoria para volver inopinadamente; las hay mágicas y otras solemnes...

Las palabras son como una oscura muchedumbre de locos seriamente inmóviles, pacíficos, impredecibles, sorprendentes.

Les confesaré algunas de las palabras con eco que yo guardo de mis lecturas de infancia: abordaje, botavara, espejismo, proscrito, estampida, graznido... Y algunas más que con sólo decirlas traen, intacto, fresco y poderoso, su perfume de sentido.

El Enano Saltarín



CARME SOLÉ VENDRELL, GRÚMIC, EL DUENDE DE LAS ESTACIONES, ING EDICIONES, 1996.